

romano, cuando les exhortó Flaco á no invocar los lazos que ellos mismos habían roto. «La confesión de su falta, añadió, y las súplicas humildes les servirían más. No pudiendo alegar la bondad de su causa, solamente deberían la salvación á la clemencia del pueblo romano. Si se presentaban como suplicantes, les ofrecía su apoyo, bien cerca del cónsul, bien en Roma ante el Senado, porque también tendrían que enviar allí legados.» Todos reconocieron que su único recurso era entregarse á merced de los romanos, que, por pudor, tendrían que respetar á los suplicantes, y porque este paso les dejaría libertad para obrar, si la fortuna les ofrecía ocasión favorable.

Cuando la legación se presentó al cónsul, Feneo, que era el jefe, pronunció larga oración, diestramente dispuesta para calmar la cólera del vencedor, y terminó diciendo que los etolios se entregaban con todo lo que poseían á merced del pueblo romano. El cónsul contestó: «Pensad bien, etolios; pensad bien el compromiso á que os obligáis.» Feneo le enseñó el decreto en que estaba terminantemente consignada la resolución. «Pues bien, dijo el cónsul: puesto que os entregáis sin condiciones, os exijo que en el acto me entreguéis á vuestro conciudadano Dicearco, á Menesta el epirota (este había entrado en Neupacta con un cuerpo de tropas y sublevado á los habitantes) y á Aminandro con los principales athamanos, cuyos consejos os llevaron á la defección.» Feneo casi le interrumpió exclamando: «No queremos ser esclavos tuyos, no hacemos otra cosa que entregarnos á tu buena fe; y estoy seguro de que solamente la ignorancia de nuestras costumbres te lleva á dar órdenes que les son tan contrarias.» «Poco me cuido, á fe mía, replicó el cónsul, que los etolios consideren mi conducta más ó menos conforme con las costumbres de la Grecia; bástame usar, según las de los ro-

manos, de mi autoridad sobre los pueblos que acaban de someterse, por propio decreto, después de vencidos por la fuerza de mis armas. Así, pues, obedeced en el acto mis órdenes, ó mandaré que os carguen de cadenas.» En seguida mandó traerlas y mandó á los lictores que las pusiesen á los legados. Esta energía abatió el orgullo de Feneo y de los demás etolios, que al fin comprendieron la situación en que se encontraban. Feneo declaró en nombre de todos que sus colegas y él veían claramente que tenían que obedecer, pero que era necesario que ratificase aquel compromiso la asamblea general de la nación, y que para ello pedía diez días de tregua. Flaco apoyó el ruego de los etolios y se otorgó la tregua, regresando á Hypata los legados. Allí, habiendo expuesto Feneo en el consejo secreto de los apocletas las órdenes del cónsul y el tratamiento con que habían sido amenazados, los varones más notables gemieron por su triste posición, pero opinaron que era necesario obedecer al vencedor y convocar á los legados de todas las ciudades en asamblea general.

Cuando reunida toda la nación se enteró de lo ocurrido, el rigor y soberbio despotismo del cónsul sublevaron de tal manera los ánimos que, si hubiesen estado en plena paz, aquel primer arrebató de cólera habría bastado para encender la guerra. La indignación había aumentado por la dificultad misma de ejecutar aquellas órdenes. ¿Cómo entregar á Aminandro?, decían. Además, había renacido la confianza con la llegada de Nicandro, que regresaba de la corte de Antioco, lisonjeándose entonces con una esperanza que no debía realizarse, creyendo que el rey hacía inmensos preparativos por mar y tierra. Hacia doce días que aquel legado, después de terminar su misión, había hecho rumbo para la Etolia, cuando llegó á Falares, en el golfo Malíaco. Desde allí remitió á Lamia el dinero de que esta-

ba encargado, y se puso en camino á la entrada de la noche con débil escolta, con dirección á Hypata, á través de los campos y por senderos que conocía. Pasaba entre los campamentos de los macedonios y los romanos, cuando cayó en un puesto de macedonios que le llevaron á presencia del rey, que aún estaba á la mesa. Al enterarse Filipo, tratándole antes como huésped que como enemigo, quiso que se sentase á su lado y comiese; en seguida mandó que se retirasen todos menos Nicandro, y le aseguró que nada tenía que temer por su persona. Cuando quedó á solas con él, quejóse de la imprudencia de los etolios, de aquella ceguedad de que siempre eran las primeras víctimas; censuróles haber llamado á Grecia primeramente á los romanos, y después á Antioco. «Pero, añadió, olvidaba aquel pasado, más fácil de censurar que de corregir, y no les insultaría en sus desgracias. Era necesario que, por su parte, los etolios sacrificasen al fin el odio que le tenían y que recordase Nicandro que aquel mismo día le debía la vida.» En seguida le dió una escolta para que le acompañase hasta que estuviese en seguridad, y llegó á Hypata en el momento en que deliberaban acerca de la conclusión de la paz con los romanos.

M. Acilio, después de vender ó abandonar á los soldados el botín de Heraclea, enterado de que la asamblea de Hypata no se inclinaba á la paz, y de que los etolios se habían reconcentrado en Neupacta para dirigir desde allí su plan de resistencia, envió á Appio Claudio con cuatro mil hombres para que se apoderase de las alturas que dominan los pasos difíciles, y él mismo ocupó la cumbre del Oeta. Allí ofreció un sacrificio á Hércules, en el punto llamado Pyra, porque, según dicen, allí quemó este dios su cuerpo mortal. En seguida se puso en marcha con todo su ejército, recorriendo con bastante rapidez el resto del camino. Llegado al

monte Corax, que se alza entre Calípolis y Neupacta, perdió muchas bestias de carga que cayeron á los precipicios con lo que llevaban; los soldados también sufrieron mucho. Entonces se convencieron de la inercia de los enemigos con quienes tenían que combatir, porque no habían ocupado aquel desfiladero tan peligroso con fuerzas que impidiesen el paso. Pero no sin mucho trabajo descendió el ejército á Neupacta. El cónsul, después de levantar un fuerte delante de la fortaleza, rodeó los otros barrios de la ciudad, distribuyendo las tropas según la disposición de las murallas. Aquel sitio no costó menos trabajos y fatigas que el de Heraclea.

Por el mismo tiempo dieron principio los aqueos al sitio de Mesena, que se negaba á entrar en su liga. Esta ciudad y la de Elis, eran las únicas del Peloponeso que no formaban parte de la liga aquea, sino que estaban por los etolios. Sin embargo, después de la retirada de Antioco, los eleenos habían contestado con menos altivez á los enviados de los aqueos que una vez fuera de sus murallas la guarnición real, deliberarian acerca de lo que debían hacer. Los mesenios despidieron á los legados sin responderles y tomaron las armas. Pero en seguida, temiendo por sus propiedades, á la vista de las bandas enemigas que recorrían su territorio con la antorcha en la mano, é iban á acampar bajo las murallas de la ciudad, enviaron un mensajero á Calcis, á su libertador T. Quincio, para decirle que estaban prontos á abrir sus puertas y á rendirse á los romanos, pero no á los aqueos. Al recibir esta noticia, partió Quincio en el acto, y envió de Megalópolis á Diófanes, pretor de los aqueos, orden de levantar el sitio de Mesena y de reunirse con él. Diófanes obedeció, y después de dar la señal de marcha, partió solo delante, encontrando á Quincio cerca de Andania, pueblecillo entre Megalópolis y Mesena. Cuando le expuso los motivos que ha-

habían guiado á los aqueos, el general romano le dirigió algunas reconvenciones por haberse comprometido en una empresa de aquella importancia sin autorización suya, le mandó licenciar su ejército y no turbar la paz de que disfrutaban por igual todos los griegos. En cuanto á los mesenios, obligóles á llamar á los desterrados y á acceder á la liga aquea, declarándoles que, si tenían que hacer representaciones, ó que tomar precauciones para lo porvenir, podían ir á verle en Corinto. Exigió á Diófanos que convocase en el acto la asamblea general de los aqueos para que le oyese. Allí se quejó de que se habían apoderado de Zyzintha por traición, y pidió la restitución de esta isla á los romanos. Zyzintha había pertenecido al rey Filipo, que la había cedido á Aminandro para que éste príncipe permitiese el paso por la Athamania á las tropas macedónicas destinadas á invadir la Etolia superior. Esta expedición había abatido el ánimo de los etolios, reduciéndolos á pedir la paz. Aminandro encargó primeramente el mando de la isla á Filipo Megalopolitano; más adelante, cuando se unió con Antioco contra los romanos, llamó al prefecto para emplearlo en la guerra, enviando para que le sucediese al agrigentino Hierocles.

Este último fué el que, después de la fuga de Antioco en las Termópilas y de la de Aminandro, arrojado de la Athamania por Filipo, hizo las primeras indicaciones al pretor Diófanos, y, mediante una cantidad convenida, entregó Zyzintha á los aqueos. Los romanos la pidieron como premio de la victoria, diciendo que «el cónsul M. Acilio y sus legiones no habían combatido en las Termópilas por Diófanos y los aqueos.» Diófanos contestaba, en tanto justificando su conducta y la de sus compatriotas, en tanto debatiendo la cuestión de derecho. Algunos aqueos, por el contrario, protestaban que desde el principio se habían negado á aquella transac-

ción, y atribuían toda la culpa á la obstinación del pretor. Acordóse, pues, acerca de la proposición que á Quincio decidiese como quisiera. Tan severo como era Quincio cuando le resistían, era amable desde el momento en que se le sometían: dulceificando, pues, la voz, dijo: «Si creyese útil á los aqueos la posesión de Zyzintha, propondría al Senado y al pueblo romano que á los la abandonase; pero sois como la tortuga: encogida bajo su concha, se encuentra al abrigo de todo ataque; saca los miembros y todo lo que deja ver es vulnerable y no tiene defensa. Así los aqueos, protegiéndose por todas partes el mar, podéis tener fácilmente bajo vuestra mano y defender cuanto se encuentra en los límites del Peloponeso; pero si la pasión de las conquistas os saca de ese círculo, todo lo que adquiráis fuera quedará expuesto sin defensa á todos los ataques.» La asamblea aplaudió estas observaciones; el mismo Diófanos se atrevió á replicar y Zyzintha fué entregada á los romanos. En el momento en que el cónsul iba á marchar á Neupacta, habiendo pedido y obtenido Filipo su aquiescencia para reducir las ciudades que habían abandonado la causa de los romanos, llevó su ejército contra Demetriades, en la que sabía reinaba profunda agitación. Privados los habitantes de toda esperanza, abandonados por Antioco y no contando ya con los etolios, esperaban día y noche ver presentarse á Filipo, que era su enemigo, ó á los romanos, cuya cólera era tanto más temible cuanto más justificada. En la ciudad permanecía un grupo indisciplinado de soldados de Antioco: la guarnición, poco numerosa al principio, que dejó aquel príncipe, había aumentado después con los fugitivos escapados de la derrota de las Termópilas, la mayor parte desarmados y que carecían de fuerza y valor para sostener un sitio. Así, pues, ante las seguridades que

daban los emisarios de Filipo de que era posible obtener perdón, contestaron que el rey encontraría las puertas abiertas. Al acercarse, salieron de la ciudad algunos habitantes de los más notables; Euriloco se dió la muerte, y los soldados de Antioco, en conformidad con la capitulación, atravesaron la Macedonia y la Tracia escoltados por macedonios que los llevaron á Lysimaquia. También se encontraban en Demetriades algunas naves bajo las órdenes de Isidoro, y también consiguieron libertad de marcharse con su prefecto. Filipo se apoderó en seguida de Dolopia, Apercencia y de muchas ciudades de la Perrhebia.

Mientras realizaba estas cosas Filipo, T. Quincio, después de conseguir de la asamblea general de los aqueos la restitución de Zyzintha, hizo rumbo á Neupacta. Esta plaza, sitiada dos meses ya, estaba á punto de sucumbir, y si la tomaban por asalto, arrastraría inevitablemente en su ruina toda la nación etolia. Tenía Quincio justos motivos de resentimiento contra los etolios, porque no había olvidado que ellos solos habían querido arrebatárle la gloria de libertar la Grecia, y no estimaron sus consejos, cuando previendo las desgracias que les abrumaban ahora, procuró disuadirles de su loca empresa. Sin embargo, creyó honroso para él no dejar perecer ninguna nación de aquella Grecia que libertó con su trabajo, y paseó alrededor de las murallas para que le viesen los etolios. Los centinelas avanzados le reconocieron en seguida, y por todas partes circuló la noticia de que Quincio estaba allí. Los habitantes acudieron en seguida apresuradamente á las murallas, y tendiendo hacia él manos suplicantes, le llamaron por su nombre y le pidieron á una voz que les socorriese y salvase. Aunque muy conmovido por aquellas súplicas, indicó con la mano que nada podía hacer por ellos; pero presentándose al cónsul, le dijo: «Acilio, ¿no ves lo que

pasa?; ó si los hechos hablan con claridad ante tus ojos, ¿crees que no está en juego el interés de la república?» Estas palabras despertaron la atención del cónsul, que respondió: «¿Qué quieres decir? ¡Explicate!» «¿Cómo! dijo Quincio, ¿no ves que desde la derrota de Antioco pierdes el tiempo sitiando dos ciudades y que tocas al término de tu mando, mientras que Filipo, sin haberse presentado en el campo de batalla, sin haber visto siquiera al enemigo, ha sometido ya, no ciudades, sino comarcas enteras, la Athamania, la Perrhebia, la Apercencia y la Dolopia? Menos nos interesa á nosotros debilitar el poder de los etolios que prevenir el desmesurado ensanche de Filipo, y no puedes resignarte á no haber podido reducir aún dos ciudades como premio de tus triunfos y de tus soldados, cuando Filipo es ya dueño de tantas provincias.»

El cónsul reconocía la exactitud de las observaciones, y le retenía la vergüenza de levantar el sitio; pero concluyó por dejar completa libertad á Quincio. Regresó éste al punto donde poco antes habían lanzado los etolios su grito de angustia, y en el acto repitieron sus ruegos con mayor instancia, pidiéndole compasión para el pueblo etolio; á la invitación que les hizo de enviar algunos de los suyos, se apresuraron á salir el mismo Feneo y los principales de la ciudad. Cuando les vió á sus pies, les dijo: «Vuestra desgracia me obliga á contener mi enojo y mis palabras. Mis predicciones se han realizado, y ni siquiera tenéis el triste consuelo de decir que no habéis merecido vuestra suerte. Sin embargo, puesto que el destino me ha encargado, por decirlo así, de velar por la Grecia, ni vuestra misma ingratitude me impedirá continuar la serie de mis beneficios. Pedid al cónsul una tregua bastante larga para que tengáis tiempo de enviar á Roma una legación que ofrezca vuestra sumisión al Senado. Yo intercederé por

vosotros y os apoyaré ante el cónsul.» Siguiéron el consejo de Quincio: el cónsul recibió con bastante afabilidad á los legados, les concedió una tregua cuyo término fijó en el día en que conociesen la respuesta del Senado, levantó el sitio, envió su ejército á la Fócida, y en seguida hizo vela para Egio con T. Quincio, para asistir á la asamblea general de los aqueos. Ocupáronse allí de los asuntos de los eleenos y del llamamiento de los desterrados lacedemonios (1); no quedando resueltas ninguna de las dos cuestiones, porque los aqueos querían conseguir todo el honor del llamamiento, y los eleenos preferían acceder voluntariamente á la liga aquea que verse obligados á ello por los romanos. Acilio recibió en seguida una legación de los epirotas; de los que se sabía positivamente que habían encontrado fidelidad más que dudosa; sin embargo, no habían suministrado soldados á Antioco. Acusábaseles de haber ayudado con dinero, y ellos no negaban haberle enviado legados. Como pedían la renovación de la antigua alianza, el cónsul les contestó que no sabía aún si debía considerarles como enemigos ó como aliados; que el Senado juzgaría; que les remitía la decisión de su suerte y que para ello les concedía noventa días de tregua. Los epirotas marcharon á Roma y se presentaron al Senado, donde se esforzaron en hacer valer las hostilidades que no habían cometido, más bien que en justificarse de las faltas que les imputaban; así fué que el Senado, en su contestación, más pareció otorgarles gracia que aprobar su apología. Legados de Filipo consiguieron también, por la misma época, audiencia del Senado, le felicitaron por la victoria conseguida sobre Antioco y pidieron permiso para ofrecer en el Ca-

(1) Estos desterrados lacedemonios eran los que Nabis y sus predecesores habían expulsado de su patria.

pitolio un sacrificio y colocar un don gratuito en el templo de Júpiter Optimo Máximo. Este don era una corona de oro de cien libras de peso (1). Contestáronles con benevolencia y además les entregaron al joven Demetrio (2), hijo de Filipo, que estaba en rehenes en Roma, para que lo llevaran á su padre. Así terminó la guerra que el cónsul M. Acilio sostuvo en Grecia contra el rey Antioco.

El otro cónsul, P. Cornelio Escipión, mandaba la provincia de la Galia; antes de marchar para combatir á los boyos, rogó al Senado le concediese la cantidad necesaria para los gastos de los juegos que durante su propretura en España, en medio de un combate dudoso, hizo voto de celebrar. Su petición pareció extraordinaria é infundada, y en consecuencia se decidió «que como había hecho el voto por autoridad propia, sin consultar al Senado, tomase lo necesario de los despojos que sin duda había reservado para aquella solemnidad, ó que la celebrase á sus expensas.» Los juegos duraron diez días. Por el mismo tiempo se dedicó el templo de la diosa Idea Máter. Este mismo P. Cornelio, cónsul ahora, fué quien recibió la diosa en la ribera y la llevó al Palatino, cuando la trajeron del Asia bajo el consulado de P. Cornelio Escipión, llamado después el Africano, y de Licinio. Los censores M. Livio y C. Claudio, bajo el consulado de M. Cornelio y P. Sempronio, emprendieron la construcción del templo en virtud de un senatus-consulta. Trece años después hizo la dedicación M. Junio Bruto, celebrándose con este motivo los juegos llamados magalésicos, que, si ha de creerse á Valerio Ancias, fueron los primeros juegos escénicos. El duun-

(1) Cerca de treinta y ocho kilogramos.

(2) Polibio dice que se devolvieron además al rey de Macedonia muchas ciudades y se le perdonó el tributo á que estaba sometido.

viro C. Licinio Lúculo hizo también en el Circo máximo la dedicación del templo de la Juventud, ofrecido diez y seis años antes por el cónsul M. Livio, el día en que destrozó á Asdrúbal y su ejército. Livio también comenzó su construcción, durante su censura, bajo el consulado de M. Cornelio y P. Sempronio. A esta dedicación, lo mismo que á la otra, acompañaron juegos, y se llenaron estos deberes religiosos con tanto más cuidado cuanto que amenazaba otra guerra con Antioco.

Ya había partido para la guerra el cónsul M. Acilio y su colega permanecía en Roma cuando se verificaron estas cosas. Al principio del año ocurrió, según dicen, que dos bueyes domésticos subieron por las escaleras hasta el techo de una casa en el barrio de las Carenas (1). Por orden de los arúspices los quemaron vivos y arrojaron sus cenizas al Tíber. Súpose que en Terracina y Amiterno cayeron muchas veces lluvias de piedras; que en Minturno había caído el rayo en el templo de Júpiter y las tiendas del Foro, y que el fuego del cielo había consumido dos naves en la desembocadura del Vulturno. Con motivo de estos prodigios, los decenviros consultaron por orden del Senado los libros sibilinos, y declararon «que era necesario establecer en honor de Ceres un ayuno (2), que se observaría cada

(1) Las Carenas eran un barrio de Roma, formado por un valle entre los montes Celio y Esquilino. Allí comenzaba la Vía Sacra.

(2) El uso de los ayunos religiosos remonta á la más apartada antigüedad. Los egipcios ayunaban para purificarse, antes de asistir á los sacrificios. De la misma manera se honraba en la isla de Creta á Júpiter, cuyos sacerdotes no debían comer carne ni ningún manjar cocido. En Roma, además de los juegos públicos, establecidos en honor de Ceres, los había igualmente para otras divinidades. También se ayunaba para preservarse de los males de que se creían amenazaban, para procurarse la pureza del cuerpo ó para conseguir la explicación de un sueño misterioso.

cinco años; ofrecer un sacrificio novendial, y hacer rogativas un día, á las que asistirían todos los ciudadanos con coronas; en fin, que el cónsul P. Cornelio inmolaría á los dioses que le designasen los decenviros las víctimas que les señalasen éstos.» Después de aplacar á los dioses con la ejecución de los votos y la expiación de los prodigios, partió el cónsul para su provincia, donde mandó al procónsul Cn. Domicio que licenciase su ejército y regresase á Roma, entrando él con sus legiones por tierra de los boyos.

«Casi por este mismo tiempo, los ligurios, que habían tomado de nuevo las armas y jurado la ley sacra, cayeron una noche de improviso sobre el campamento del procónsul Q. Minucio, quien mantuvo hasta el amanecer formados en batalla sus soldados detrás de las empalizadas, atendiendo á que el enemigo no las forzase por ningún punto. En cuanto fué de día, ordenó doble salida por dos puertas á la vez; pero, contra lo que esperaba, los ligurios no fueron arrollados al primer choque y disputaron la victoria durante más de dos horas. Al fin, viendo salir sin cesar del campamento nuevos refuerzos, atacados por fuerzas frescas que reemplazaban á los soldados cansados, y extenuados ellos además por las vigiliás, emprendieron la fuga. Matáronles más de cuatro mil hombres, perdiendo menos de trescientos los romanos y los aliados. Cerca de dos meses después, el cónsul P. Cornelio dió batalla á los boyos y los venció; y si ha de creerse á Valerio Ancias, les mató veintiocho mil hombres, les hizo tres mil cuatrocientos prisioneros y se apoderó de ciento veinticuatro enseñas militares, de mil doscientos treinta caballos y de doscientos cuarenta y siete carros, no pasando la pérdida de los vencedores de mil cuatrocientos ochenta y cuatro hombres. Aunque creyendo poco en los datos de este escritor, más inclinado que ninguno á la exageración,

no puede dudarse de la importancia de aquella victoria, de la que dan fe la toma del campamento, la pronta sumisión de los boyos inmediatamente después de la batalla, las acciones de gracias que con este motivo decretó el Senado y la inmólacion de víctimas mayores.

Por los mismos días, M. Fulvio Nobilior, que regresaba de la España ulterior á Roma, obtuvo los honores de la ovación. Llevaron delante de él doce mil libras de plata en barras, ciento treinta mil de plata acuñada y ciento veintisiete de oro. El cónsul P. Cornelio hizo que los boyos le entregasen rehenes y confiscó casi la mitad de su territorio, con objeto de que el pueblo romano pudiese enviar colonias, si lo consideraba conveniente. En seguida partió para Roma, donde se consideraba seguro de obtener el triunfo, licenció su ejército y lo citó en las puertas de la ciudad para el día de la solemnidad. Al día siguiente de su llegada convocó al Senado en el templo de Belona, dió cuenta de sus actos y pidió autorización para entrar en triunfo en Roma. El tribuno del pueblo, P. Sempronio Bleso, sin querer negar este favor á Escipión, propuso que se aplazase la respuesta, diciendo que «las guerras de Liguria habían estado siempre ligadas con las de la Galia, porque estos dos países vecinos se ayudaban mutuamente. Si P. Escipión, después de la derrota de los boyos, hubiese entrado en persona al frente de su ejército victorioso en el territorio de los ligurios, ó si hubiese enviado parte de sus tropas á Q. Minucio, retenido tres años ya en aquel país por una guerra dudosa, se podría haber concluído con la Liguria. Pero preocupado solamente en prepararse numeroso cortejo para su triunfo, había alejado de la provincia soldados que hubiesen podido prestar grandes servicios á la república, y que aún podrían prestarlos si el Senado quisiera, aplazando el triunfo, reparar el daño causado por la precipitación

del general. Era necesario enviar otra vez al cónsul y sus legiones á la provincia, con orden de trabajar en la sumisión de los ligurios. Mientras no quedase este pueblo bajo la dependencia y dominio de Roma, tampoco permanecerían tranquilos los boyos, y era indispensable resignarse á tener paz ó guerra con las dos naciones. Una vez sometida la Liguria, P. Cornelio triunfaría después de algunos meses, pero como procónsul, como tantos otros generales que no habían triunfado hasta después de salir del cargo.

El cónsul contestó: «Que la suerte no le había designado la Liguria por provincia, que no había hecho la guerra á los ligurios y que no podía triunfar de ellos. Esperaba que Q. Minucio, vencedor de aquel pueblo, se presentaría muy pronto á solicitar un triunfo que habría merecido y no dejaría de obtenerlo. En cuanto á él, reclamaba este honor por haber derrotado á los galos boyos en batalla campal, forzado su campamento, recibido dos días después del combate la sumisión de la nación entera y asegurado la paz para lo porvenir haciéndoles entregar rehenes. Pero lo que aumentaba la importancia de su victoria era que había matado en aquella batalla tantos galos como ningún general romano había tenido que combatir antes de él. De cincuenta mil hombres que tenía delante habían perecido más de la mitad, tenía en su poder millares de prisioneros y no quedaban á los boyos más que ancianos y niños. ¿Podía extrañarse, en vista de esto, que un ejército victorioso, que no había dejado ni un solo enemigo en su provincia, regresase á Roma para honrar con su presencia el triunfo de su cónsul? Si el Senado quería pedir á aquellos soldados que sirviesen á la república en otra provincia, ¿qué medio sería mejor para hacerles arrostrar con más ardor nuevos peligros y fatigas? ¿el de no disputarles el premio de sus esfuerzos y trabajos

pasados. ó despedirles sin otra cosa que esperanzas, después de haber visto frustradas ya las primeras que formaron? En cuanto á él, bastante gloria se le había concedido para el resto de su vida el día en que el Senado le declaró el romano más virtuoso para recibir á la diosa Idea Máter. Este solo título, á falta del de cónsul y triunfador, bastaría para atraer homenajes y respetos á la imagen de P. Escipión Nasica (1).» El Senado consintió entonces por unanimidad concederle el triunfo y obligó al mismo tiempo al tribuno del pueblo á desistir de su oposición. P. Cornelio triunfó, pues, de los boyos. En este triunfo, el cónsul ostentó sobre carros galos armas, enseñas, vasos de bronce y despojos galos de toda clase, llevando en su comitiva con los prisioneros notables considerable número de caballos cogidos á los vencidos. Hizo llevar delante de él mil cuatrocientos setenta y un collares de oro, doscientas cuarenta y siete libras de este metal, dos mil trescientas cuarenta de plata en barras ó labrada en vasos galos, de trabajo menos rudo que el ordinario, y doscientas treinta y cuatro mil monedas bigatas. Distribuyó ciento veinticinco ases á cada soldado de los que siguieron su carro, doble á cada centurión y triple á cada jinete. Al día siguiente convocó la asamblea del pueblo, dió cuenta de sus actos y se quejó de la injusticia del tribuno que quiso comprometerle en una guerra, encargada á otro general, para arrebatarle el fruto de su victoria; en seguida licenció sus tropas y las disolvió.

Mientras ocurrían estas cosas en Italia, encontrábase Antioco en Éfeso, completamente seguro en cuanto á los proyectos de los romanos, no suponiéndoles la idea de pasar al Asia; infundiéndole esta confianza la mayor

(1) Sabido es que al pie de las imágenes de los varones célebres, se escribían sus títulos, dignidades y acciones gloriosas.

parte de sus cortesanos, por adulación ó ceguedad. Annibal, más atendido entonces que nunca, era el único que extrañaba no ver ya á los romanos en Asia: «pero no dudaba, decía, de su llegada. Les era más fácil pasar de Grecia al Asia que les había sido de Italia á Grecia, y Antioco era enemigo mucho más importante para despojarle que los etolios. Roma no era menos poderosa por mar que por tierra. Hacía mucho tiempo que la flota romana se encontraba en el cabo Maleo. Había oído decir que recientemente otro ejército naval con nuevo jefe habían llegado de Italia para comenzar las operaciones; debía, por consiguiente, el rey renunciar á sus ilusiones y no confiar en la paz. En Asia y por el Asia tendría que luchar muy pronto por mar y tierra contra los romanos. Era indispensable, ó que despojase de su preponderancia á aquel pueblo que ambicionaba el imperio del mundo, ó que perdiese él mismo su corona.» Antioco comprendió que solamente Annibal prevenía el porvenir con exactitud y lo predecía con franqueza. Embarcóse, pues, y llegó al Quersonero con las naves que estaban listas y equipadas, con objeto de defender aquel país en el caso de que los romanos tomasen el camino de tierra; encargó á Polixenidas que armara y alistase el resto de la flota y envió barcas exploradoras á reconocer todos los parajes de las islas.

C. Livio, prefecto de la flota romana, partió de Roma con cincuenta naves cubiertas, y recaló primeramente en Nápoles, donde había citado las naves sin cubierta que, según los tratados, debían suministrar los aliados de aquella costa: en seguida se dirigió á Sicilia, pasó por el estrecho á Mesina, se le reunieron seis naves auxiliares de Cartago, se hizo entregar las que debían dar Reggio, Locris y otras ciudades aliadas, y después de revistar la flota en Lacinio, se hizo á la mar. Cuando llegó á Corcira, primera ciudad de Grecia á que arribó, qui-

so averiguar dónde estaba la guerra, porque la Grecia no se encontraba completamente pacificada; informándose también de la posición de la flota romana. Al saber que el cónsul y el rey estaban fortificados cerca del desfiladero de las Termópilas, y que la flota se encontraba en el Pireo, comprendió que necesitaba apresurarse, continuó costeando el Peloponeso, después de talar Zyzintha y Sama, por haber seguido el partido de los etolios, tocó en el cabo Maleo, y, gracias á feliz navegación, llegó en pocos días al Pireo donde encontró su antigua flota. Cerca de Scylea vió á Eumeno con tres naves: este príncipe había permanecido mucho tiempo en Egina, vacilando entre regresar á sus estados para defenderlos de Antioco, que reunía en Éfeso sus fuerzas de tierra y mar, y no dejar ni un momento al ejército romano, de cuya suerte dependía la suya. A. Atilio partió del Pireo para Roma después de entregar á su sucesor veinticinco naves cubiertas. Livio se dirigió á Delos con ochenta y una naves rostratas y otras muchas menos importantes, algunas con espolón, pero sin cubierta, otras sin espolón y destinadas á las exploraciones. 205

Casi por este mismo tiempo sitiaba á Neupacta el cónsul Acilio. Livio estuvo retenido mucho tiempo en Delos por vientos contrarios; la región de las Cicladás es muy propensa á recios vientos, estando estas islas separadas unas de otras por brazos de mar más ó menos anchos. Enterado Polixenidas, por sus barcas exploradoras colocadas de trecho en trecho, de que la flota romana había fondeado en Delos, dió aviso al rey, que, dejando en seguida los asuntos que le habían llevado al Helesponto, partió con sus naves rostratas, regresó á Éfeso y celebró consejo para saber si debía arriesgar un combate naval. Polixenidas opinó que no se debía aplazar, diciendo «que era necesario dar la batalla antes de que se reuniesen con los romanos las naves de Eu-

meno y de los rodios. De esta manera el número era casi igual, siendo superiores en ligereza y por sus diferentes recursos las naves del rey. Las romanas eran masas pesadas toscamente construídas; además, estaban cargadas de provisiones porque venían á país enemigo. Las de Antioco, por el contrario, encontrándose en país amigo, sólo llevarían á bordo armas y soldados; consiguiéndose además mucha ventaja del conocimiento de los parajes, de las costas y de los vientos, cosas todas cuya ignorancia perturbaría al enemigo.» Todos aprobaron esta opinión, de cuya ejecución se encargaba el que la había expuesto. Empleáronse dos días en preparativos, y al tercero, cien naves casi todas menores (1), de las que eran cubiertas setenta y sin cubierta las restantes, hicieron rumbo á Focea. A la noticia de que se acercaba la flota romana, el rey, que no había de tomar parte en el combate naval, se retiró á Magnesia, cerca de Sipylo, para reunir allí sus fuerzas de tierra. Su flota se dirigió á Cysonta, puerto de Erythrea, que parecía posición más ventajosa para esperar al enemigo. Retenidos los romanos durante algunos días por el viento Norte, avanzaron en cuanto pudieron, de Delos á Fanes, puerto de Chio en el mar Egeo, se acercaron á la ciudad, tomaron provisiones en ella y pasaron á Focea. Eumeno, que había ido á buscar su flota en Elea, se presentó pocos días después al frente de veinticuatro naves cubiertas y de mayor número que no lo estaban, reuniéndose á cierta distancia de Focea con los romanos, que tomaban sus disposiciones y se preparaban al combate naval. La flota reunida constando de ciento cincuenta naves cubiertas y cerca de cincuenta descubiertas, habiéndose hecho á la vela, acercáronla prime-

(1) Naves mayores eran las que tenían más de tres órdenes de remo.